

## BEATRIZ COMO ESENCIA

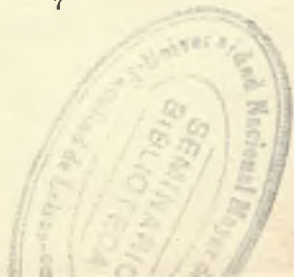
### I

El problema de Beatriz como esencia es el problema de Beatriz en el amor del Dante. Es la imagen que Dante nos da de ella en su amor, esa figura que se delinea dulcemente en su nueve años y que persiste hasta el esplendor del Paraíso. Beatriz real no cuenta. Es sólo el motivo de una gigantesca construcción del poeta. Se muestra así un sumirse en la vida interior propio de la época. Es uno mismo con su fantasía que hace pie en la realidad. Uno ve la fantasía como todo y la realidad disminuída, vuelta cosa callada, simple cimiento. Algo que a la larga es imposible que subsista. Pues lo real siempre es real. El hombre siempre naturalmente lo siente, y de aquí le resultan deseos que no pueden matar, que sólo pueden ser satisfechos en la realidad y no en la fantasía.

El amor romántico, imposible, hecho de imágenes, amor en cierto modo plano, sin relieve, penosamente huído de las personas concretas, doloroso, se hace presente aquí. Dante no ama a Beatriz Portinari, hija de Fulco, nacida en Florencia. O mejor, la ama pero en modo erróneo. Su Bice, su dulce Bice, es esa mujer que pasa frente a él. Toda su naturaleza lo empuja a ella. Goza viéndola, contemplando sus ojos y su boca, "con bella comparanza los balcones del alma". Y sin embargo ella está distante, tanto como puede estarlo lo más lejano.

Esto es algo que debe verse claro. Es difícil decirlo. Cuando hablamos de fantasía contraponiéndola a lo real, hemos en verdad contrapuesto no la fantasía misma ni lo real mismo sino sus características: la tangibilidad, la resistencialidad del mundo concreto y la intangibilidad de lo imaginativo. La posición del Dante y del amor romántico no es la de un amor imaginado. Se trata de un amor verdadero, real,—esto hay que aceptarlo—, pero puesto en trance de imaginado. Es la realidad, mas despojada de su atributo esencial: la resistencia.

Esto precisamente lo terrible. "Ver" la realidad torcida, de repente aplanada, y "sentirla" como es, llena de perspectividad. En el romántico hay una escisión. Su amor—natural— que le hace amar como todos, jamás puede llegar a su fin, se vuelve amor imposible, porque hay algo interno que le pone un obstáculo y lo detiene: él ignora lo espacial, fuente de toda posibilidad de acción. Se queda en el puro contemplar y lamentarse.



Así, la realidad ha perdido su categoría fundamental, es sólo un conjunto de motivos y el poeta se queda con lo que "ve" y con lo que construye alrededor de lo que ve y nada más. Se suma en sí. No porque nadie lo obligue, sino porque es su manera de contemplar al mundo. No, tampoco, abandonando la realidad para internarse en lo subjetivo, sino quedándose en una realidad de dos dimensiones. Es el sumirse en sí más trágico, pues nada en apariencia ha cambiado. Afuera el día es el mismo, los árboles se agitan como siempre, la gente cruza y se pierde.

El problema de Beatriz como esencia es pues el problema de Beatriz sin espacio (1). Es en último término, si se mira bien, el problema del Dante, mismo, como ser.

## II

Tal problema que acabamos de plantear sólo puede resolverse en un solo terreno. Si se trata de ver a Beatriz, la Beatriz real, pero reducida a imagen, debemos acudir al tiempo en que Beatriz era real. Es decir al tiempo en que Dante la amó de cuerpo presente—pero alejada. Y esto es indudablemente tomar la Vita Nuova.

Esto que decimos es exacto. La Vita Nuova es el punto de partida. Es la base real. El amor escidido y amargo, pero llevado adelante, apretando los dientes y los puños. Después de aquí todo será dar vueltas sobre el mismo punto. O elevarse poco a poco hasta el cielo. Pero no será salir más allá.

En verdad conmueve un poco ver cómo los mismos detalles se repiten en diversas obras. Dante los dice en la Vita Nuova. Vuelve a decirlos en los Canzonieri. Los dice otra vez en el Convivio. Después en la Divina Comedia. Es, pese a todo, una pasión profunda que se ha clavado en su alma—en su alma racional, como él seguramente especificaría.

La Vita Nuova así nos proporciona la Beatriz que buscamos, Y por ende nos muestra al Dante en su ser. Muerta Beatriz ya no la veremos más como forma—como forma de algo real, sino como recuerdo. El Convivio será por eso nada más que una enorme fundamentación del amor, tal como apareció en la Vita Nuova. El Convivio, con el bagaje de la ciencia aristotélica—medieval—y con múltiples disgresiones—tratará de asegurar el carácter real de ese amor (su aspecto metafísico) y además su carácter especial. Mientras en la Vita Nuova hemos de tener al amor en general y al amor

---

(1) Esto es, Beatriz no concreta; más bien formal, aunque real. Entiéndese, pues, espacio de tres dimensiones.

del Dante, en el Convivio tendremos la teoría (metafísica) del amor en general y del amor del Dante.

---

Confieso que en aquel momento el espíritu de la vida —comienza el Dante, y va luego explayando su descripción. Hermosamente la figura de Beatriz se ha presentado ante sus ojos. Dante presiente la grandeza de este encuentro. Muchos signos de ello aparecen en él. Hablan sus tres virtudes. Y ya desde aquí las coordenadas de su amor quedan trazadas. Lo natural, vegetativo, es individual y lo más bajo. El sexo queda proscrito. “Nunca —dice— permití que Amor me gobernase sin el consejo fiel de la razón”. Más allá, el alma vital se estremece y reconoce que ha llegado quien ha de señorearla. Sólo el espíritu animal, sensitivo, hablando “a los espíritus de la vista en especial” sabe que será encanto de los ojos (2).

Se observa ya que son los ojos el enlace con el mundo de afuera. Con los ojos la razón conoce. A partir de los ojos aparece el amor. No puede conocerse ni amar sino a través de los ojos. Amor, ahora, y razón, no son principios que se contraponen. Desde que la razón es siempre recta es un punto, en cuanto se opone a los instintos, amor sin razón será propio del alma vil. Será amor bajo, sin freno (3). Sólo el amor con razón es puro (4). No baja a lo sexual. Y aun trastorna a las almas inferiores. “Desde que tuve esta visión comenzó mi espíritu natural a hallarse impedido en sus funciones”.

Así, el amor del Dante es la felicidad de sus ojos y al mismo tiempo la felicidad de su alma racional. Es, en último término, una felicidad anticorporal. En los momentos álgidos, cuando la dulce Beatriz estaba frente al Dante, todo el hombre que era el Dante se volvía flecha de amor hacia Beatriz. Eran la acción, la naturalidad, el mundo verdadero —con razón, con vida y con sexo— que se manifestaban. Pero encima estaba la estructura psicológica del Dante, estructura recortada, que veía al mundo de ma-

---

(2) Vita Nuova, cap. II, Ed. Sansoni, Firenze.—Los espíritus natural y vital corresponden al alma vegetativa, y el espíritu animal al alma sensitiva. El alma racional no es tomada en cuenta aquí todavía, sino más adelante (pág. 8; 9). Por eso, por su calidad inferior, el mismo espíritu animal será dominado por el amor (cf. Canzonieri LXVII, 5 y 6).

(3) El amor bajo no es verdaderamente amor, sino deseo sin nobleza. Cf. parte III.

(4) El amor puro es el único amor, porque es deseo con nobleza, dirigido siempre a la virtud y a la verdad. Cf. parte III.

nera especial. Y de nada valía sentirse humano si esta humanidad no caía dentro del radio de acción de lo “comprendido”, de lo “tenido en cuenta”. Al fin, ni la acción ni la humanidad se cristalizaban. Y Dante era otra vez un contemplador, y Beatriz una esencia, una forma sin tangibilidad. “Levanté los ojos—dice— y ví a la gentilísima Beatriz. Entonces por la fuerza que el Amor adquirió, aniquiláronse de modo mis espíritus que sólo quedaron con vida los de la vista” (5). Y esto era como suicida. Pues quedando ellos vivos, más aumentaría su amor y más aniquilado sería. Tal lucha entre el hacer y el ver hacen desplomes en su conciencia. Eso no es algo sencillo. “He puesto—dice— mis pies en aquel límite de la existencia del cual no se puede pasar con el intento de volver”.

No ha sido nunca mi ventura tanta  
que no sienta en mi ser todo su estrago (6)

Mas en este volver esencia (forma) a Beatriz hay un elemento de actividad que no debe olvidarse. Es tan sencillo y tan ingenuo que pasa desapercibido, aun para el mismo Dante. De manera que cae en cuenta de ello sólo cuando por un hecho accidental es suprimido.

Dante, que tendía por todos los medios a evitar cualquier ocasión de actividad, aun la más indirecta, que diese a conocer su amor por Beatriz, vió que era necesario “escudarse” (7). Fué este un cierto modo simbólico de realizar su amor. Ya que aunque no quisiera, siempre algo de él saldría hacia afuera, lo único capaz de conciliar esta cosa natural con su manera de amar, era fingir que amaba a otra persona.

Pero entonces Beatriz le negó el saludo (8). El dolor del saludo negado habla su intensidad como nunca lo hubiera creído el Dante. Muestra que para él no era suficiente la beldad. Hurga penosamente en el saludo. Se da cuenta que la encontraba a Beatriz “con la esperanza de su admirable saludo”. El saludo lo poblaba de una llamada de caridad. Era el saludo, también, el que más que la belleza de Beatriz misma atacaba su naturaleza. “Mi cuerpo muchas veces se movía como cosa grave e inanimada.” “Manifiestamente se deduce de esto que en su saludo estaba mi felicidad”. Y más adelante repite: “Señoras, el fin de mi amor fué el saludo de

---

(5) Vita Nuova, Ed. cit., pág. 45.

(6) Ibid., pág. 46, soneto “Con l'altre donne”.

(7) Ibid., caps. V y IX.

(8) Ibid., cap. XII.

esta mujer. En él se cifraba toda felicidad, que era el término de mis deseos" (9).

Así, el saludo en este su amor de esencia, representa algo de actividad, una cosa así como de respuesta o correspondencia. Curiosa idea de correspondencia. Mas en realidad la única correspondencia posible dada la naturaleza del amor.

Pero Dante a partir de aquí está sumido ya en un mar de dudas. "Bueno es el señorío de Amor, pues aparta el entendimiento de sus fieles de todas las cosas viles". "No es bueno el señorío de Amor, pues cuanto más fé le consagran sus fieles, tanto más graves y dolorosos son los obstáculos que deben pasar" (10). Este es un punto notable. En la duda se pone en juego su propia concepción de la vida. La Iglesia, Aristóteles, sus maestros, su tendencia, todo lo que es él. El mismo se pone en juego. Ha llegado a tal extremo la tensión entre la teoría y la realidad que su cabeza da vueltas y no lo puede resistir. Es la realidad, lo humano, la acción que reclaman insistentemente. Por otro lado, el peso de los siglos y de sí mismo se aferran a lo "configurado ya". ¿Por qué —se grita— si llegas a tan visible estado cuando estás delante de esta mujer, procuras ocasión de verla?

Es la sublevación de lo individual. O en verdad, es la sublevación de lo real. El mismo llega a decir; "visible estado". Más claro no puede ser. Pero esto visible es, no obstante, invisible en su sentido más hondo. Dante no llega a comprender lo visible de esta cosa visible. Se empecina. Cuando se pone a considerar —explica— la admirable belleza de Beatriz, éntrale un deseo tan grande de verla, que no son los pasados afanes obstáculo para que solicite su vista.

«Jorge Puccinelli Converso»  
Hay que observar que se trata una vez más de ver. No hay aproximación mayor. No hay contacto. Pero el amor no se satisface en el ver, sino en el poseer. Su concepción de amor es incompleta, irreal. Aquí el origen de esta cosa visible que Dante no entiende. Por eso su duda y como no hay nada que la resuelva, lo único que conoce es que él es así, irremediamente así, a pesar de la contradicción. "Tenía que invocar y arrojarse en brazos de la piedad"—dice. Y en el soneto "Tuttí li miéi penser":

Así la situación del Dante se descubre definitivamente: él ha estado prendido del ver y del saludo. Estas cosas eran su paz. Cuando faltó el saludo, y por su propia culpa, la estructura de su amor quedó en claro, y angustiosamente. Del capítulo XII al XVI arras-

---

(9) Ibid., págs. 31, 53. De la felicidad como término de los deseos, cf. parte III.

(10) Ibid., pág. 39.

tra su duda. Aquí en el XVI la sistematiza con esa tendencia del Dante a hacer geometría hasta con lo más íntimo. “Me mueve una voluntad de hablar palabras en las cuales yo digo cuatro cosas referentes a mi estado”.

Conviéneme llamar a mi enemiga,  
Madonna la Piedad, que en ella me defiendiendo (11).

Pera falta todavía algo que complete, y de un extremo a otro, la naturaleza de este amor. El ver y el saludo son una estructura general. Cualquiera la pudiera tener. Hay que decir pues lo que hace que este amor sea al fin, del Dante mismo. Hay que hallar lo que en lo más profundo es Beatriz y lo que en lo más profundo es el Dante. Beatriz, forma intangible, está hecha aún de una materia. Hasta aquí hemos visto su formalidad, su correspondencia al amor del Dante. Debemos abordar ahora su consistencia, no resitencial, pero sí de presentación (12).

Este amor del Dante, la posición excepcional de Beatriz, se encuentran dos veces en la Vita Nuova. En la canción I Dante habla largamente de la “mia donna.” Habla de ella en la tierra y en el cielo. Nos cuenta de sus ojos, “li quali sono principio d’amore”; de su boca, “la quale é fine d’amore”; de su alma y de sus virtudes. Pero, y ésto es lo principal, de Beatriz, de quien “si comprende in cielo”.

Uno siente una impresión indefinible ante una amada y un amor que preocupan al cielo. Arriba un ángel clama, los santos preguntan, Dios responde:

Amados míos, soportadlo en paz,  
que vuestro deseo esté cuanto me place  
allí donde alguno hay que perderla espera (13).

Ciertamente este amor no debe ser como todos. Hay un aliento de grandiosidad. Es a Beatriz deseada en el cielo a quien ama el Dante. No es un simple amor de la tierra. Es mucho más. El Universo se pone a girar en torno de él. En el cielo, los ángeles, los santos. En la Tierra la gente que la ve y queda admirada (14). Esta es la mujer suya, no otra. Es un derecho que prende luz en el corazón del poeta. Hasta Dios lo reconoce. Abajo, nuestro mun-

---

(11) *Ibid.*, pág. 41.

(12) Si algo distingue al Dante de los trovadores, es ésto. Beatriz no es simple “princesa lejana”. Y correlativamente el amor del Dante no es un simple amor romántico. Cf. parte III.

(13) Vita Nuova, Ed. cit., cap. XIX.

(14) *Ibid.*, cap. XXVI.

do tan opaco y grave se llena con resplandor misterioso. Es como si hubiera sido creado para que en él ocurriese esta maravilla.

Esta es la esencia del amor del Dante. Esta es la esencia final y verdadera de Beatriz. Forma sin resistencialidad, a quien se agrega el saludo. Pero forma hecha de cosa divina. Unica sobre el mundo (15).

### III

Cuando uno lee las obras del Dante sorprende a lo largo de ellas una complicada pero sistemática explicación de su amor. Es una teoría completa, que se inicia en el capítulo XX de la Vita Nuova en el soneto "Amor é'l cor gentil" y culmina en el capítulo XXI del Cuarto Tratado del Convivio. Es la explicación de todo amor y al mismo tiempo del suyo, que no es como todos.

Amor—dice el Dante— tomándolo en verdad y considerando sutilmente, no es sino la unión espiritual del alma con la cosa amada, a la dual unión corre el alma por su propia naturaleza pronto o tarde, según esté libre o impedida (16). Y pasa luego a explicar la razón de esta naturalidad. Siendo Dios la causa de todo, todo tiene algo de la naturaleza divina, aunque las cosas sean entre sí muy diversas (17). Mas precisamente por esto, los seres se acercan más o menos a Dios (18). Y el que más se acerca, por su alma racional, es el hombre. Ahora bien, el atributo más propio de Dios es el querer ser. Todas las cosas, por eso, en cuanto participan de la naturaleza divina, equivale a unirse a Dios, pues de él depende nuestro ser, por manera que cuanto más nos unimos a él, más somos. Esta unión, aquí en la Tierra, por supuesto, no puede realizarse directamente (19). Mas "como en las bondades de la naturaleza muéstrase la bondad divina, acaece que naturalmente el alma humana se une por vía espiritual con aquellas, tanto más presto y fuertemente, cuanto más perfectamente se muestran"

Esta unión, basada pues en el querer ser, en el deseo de realizar mejor nuestra esencia, se llama amor. El amor tiene así una base metafísica. Pero esta base metafísica no es en verdad puramente tal, algo hay al mismo tiempo al lado, porque ¿a qué viene

---

(15) *Ibid.*, cap. XXIV; Convivio, passim; Divina Comedia, Purg. XXX, 37-39; XXXI, 105.

(16) Convivio, Ed. Colección Universal, Barcelona, 1919, pág. 113 ss.

(17) *Ibid.*, págs. 135-136.

(18) *Ibid.*, pág. 114 y cap. III.

(19) *Ibid.*, pág. 170.

(20) *Ibid.*, pág. 115.

el deseo de realizar mejor nuestra esencia? Dante con precisión y exactitud responde que lo buscado es la felicidad. El hombre que más se une a Dios, que más es, es feliz (21). Este es el fin. Pero para cumplir con este fin hay ya de antemano en el hombre algo que lo lleva a él, y es el deseo. Todo hombre desea ser feliz, esto es, cumplir con su ser. Este deseo —dice Dante— nos lleva de una cosa a otra hasta lo último, y de lo más pequeño hasta a lo más grande, porque los deseos siempre se hacen mayores. Uno engendra a otro, y este otro es superior pues el primero ya no nos satisface. “Igual que el peregrino que va por un camino por el que nunca fué y cree que toda casa que ve a lo lejos es la hospedería, y hallando que no es tal endereza su pensamiento a otra, y así de casa en casa hasta que la hospedería llega, así nuestra alma en el nuevo camino de esta vida nunca recorrido, dirige los ojos al término de su sumo bien, y cualquier cosa que ve le parece tener en sí misma algún bien, y cree que el aquel” (22).

Pero sucede que siguiendo todos los hombres el camino de su deseo no todos llegan a feliz término. Y esto se debe a que el deseo puede forjar muchos caminos. Y “así en la vida humana hay diversos caminos, uno de los cuales es el verdadero, y el otro el más falaz, y otros ya menos falaces, ya menos verdaderos” (23).

Ahora bien, ¿cómo puede encontrar el hombre el camino verdadero que lo lleve a la felicidad? El deseo no basta. Lo hemos visto. Es un simple impulso de dirección hacia el sumo bien. Pero ciego, que puede equivocarse y llevarnos a lo contrario. Hay necesidad de un ojo especial, que aunque nunca haya visto los caminos de la vida, discerna sin embargo la bondad del verdadero. Este ojo, esta garantía de la felicidad es la nobleza. La nobleza es clarividente. “Ha nevado tanto —dice el poeta en un ejemplo— que la nieve todo lo cubre y todo muestra un mismo aspecto, de modo que no se ve vestigio de sendero alguno. Alguien que viene de una parte del campo y quiere ir a una casa que hay a la otra parte, por su industria, es decir, por su agudeza y bondad de ingenio, guiado de sí mismo, va camino derecho” (24). Tal es la nobleza (25).

La nobleza pues, unida al deseo, nos conduce a la felicidad. (26). Es decir, nos permite allegarnos y unirnos a las cosas que

---

(21) *Ibid.*, págs. 263-265.

(22) *Ibid.*, pág. 228.

(23) *Ibid.*, pág. 229. *Divina Comedia. Purg. XXVII, 115-117.*

(24) *Ibid.*, pág. 205.

(25) Todo el Cuarto Tratado se ocupa de la nobleza.

(26) *Ibid.*, pág. 258.



ciertamente encierran la bondad de Dios. La nobleza es entonces la condición de Amor. Sólo el deseo con nobleza es amor. Contrariamente, el puro deseo no lo es, aunque a veces lo parezca. Por ejemplo, el amor del avaro a su dinero (27).

Tres problemas resultan ahora de lo dicho: ¿cómo se produce efectivamente la unión entre el hombre y la cosa amada? ¿Qué jerarquía puede establecerse entre las cosas susceptibles de amarse? ¿Cómo aparece la nobleza en el hombre?

Esta última pregunta, sobre todo, es dificultosa para el Dante. Pues habiendo profundizado hasta encontrar como último elemento a la nobleza, debe decidirse ahora sobre el motivo mismo de la nobleza. En el mundo no todos los hombres son nobles. Por eso, no todos pueden amar rectamente y alcanzar la felicidad. Por otro lado, el ser noble o vil no es algo fatal puesto que alguien siendo vil puede hacerse noble. ¿Cómo entonces aparece la nobleza en el hombre?

Dante soluciona los dos casos. “Hemos de explicar—dice— cómo descende en nosotros tal bondad, primeramente, por modo natural, y luego, por modo teológico, es decir, divino y espiritual (28). La primera explicación, la de la nobleza natural, o como diríamos innata, es laboriosa y oscura. El mismo poeta se excusa. “No se maraville nadie—dice— si hablo de una manera difícil de entender; porque a mí mismo me maravilla el que tal producción pueda llevarse a cabo y verse con el intelecto.” La segunda explicación, la de la nobleza que puede adquirirse, es más sencilla. Dios mismo la otorga a quien está preparado para recibirla, por las buenas obras que ha hecho.

Para el problema de la jerarquía, Dante comienza por determinar cuáles son las cosas que llevan en sí bondad divina, y luego establece la relación de subordinación. “Ha de saberse—escribe— que el primero y noble tallo que de esta simiente (La nobleza) germina para dar su fruto (la felicidad) es el apetito del ánimo” (29). Y por ánimo entiende Dante sólo la parte racional del hombre. Voluntad, intelecto. No otra cosa. Hay así un amor a la virtud, que es cosa de la voluntad, y un amor a la verdad, que es cosa del intelecto (30). De ellos aunque uno y otro son sobrema-

---

(27) Toda la segunda parte del tratado de la Canción III (Convivio) trata de purificar el concepto de nobleza, excluyendo las riquezas.—Caps. X-XV.

(28) Convivio, Ed. cit., cap. XXI del Cuarto Tratado.

(29) *Ibid.*, pág. 262.

(30) *Ibid.*, pág. 156. Sobre la virtud. cf. págs. 247-249. Sobre las edades y virtudes correspondientes cf. caps. XXIV-XXVIII.

nera deleitosos, “ciertamente el uno está mucho más lleno de bienaventuranzas que el otro; el cual es el especulativo”. En otras palabras, el amor a la verdad es más alto que el amor a la virtud (31). Se parecen sin embargo en que son amores no sensibles, pues como racionales, en ellos interviene “la verdadera naturaleza humana”, la naturaleza angélica, espiritual.

Por eso su amor de Beatriz, aun cuando se representase de ella, a veces, la imagen corporal, fué siempre puro. Pues esa imagen era de tan nobilísima virtud, que nunca permitió que Amor lo gobernarse sin el consejo fiel de la razón, en aquellas cosas en que se estima necesario este consejo.

Por último, el primer problema, de cómo se produce efectivamente la unión con la cosa amada, tiene solución desde la *Vita Nuova*.

La felicidad, puede decirse, es algo abstracto, en potencia. Se vuelve concreta cuando nuestro deseo, acompañado de nobleza, se aplica en la cosa amada, portadora de bondad divina. Mas, ¿cómo nuestra nobleza se pone en contacto con esta bondad divina? ¿Cómo se produce esta unión, que es el amor?

El alma—dice Dante—es el acto del cuerpo, y como toda causa infunde en su efecto la bondad que de su propia causa recibe, es natural que el alma más iluminada por la gracia de Dios le corresponda al cuerpo más perfecto y bello (32). La belleza, pues sensible, golpeará en nuestros ojos y despertará a Amor (33). El amor comienza con los ojos. No se quedará, se entiende, en lo sensible, pues no sería amor. Al contrario, verá en la belleza el reflejo de Dios y llegará a la virtud. Su amor a Beatriz fué así amor de hondura. La “*donna gentilissima*” era al mismo tiempo la “*donna virtuosissima*”.

Tal el esquema metafísico de Amor. Amor es unión con la cosa amada, concreción de felicidad, acercamiento a Dios, cumplimiento de nuestra propia esencia, llegada a la perfección.

Y es así aunque, como se dijera antes, la felicidad que se alcanza en la Tierra no es completa. No es lo mismo unirse a la cosa que trae bondad divina que a Dios (34). El amor a la virtud, el amor a la verdad pueden llevarnos a grados excesos de felicidad, pero no al grado supremo. Esta felicidad, con todo, “perfecta o

---

(31) *Ibid.*, Parábolas de las págs. 250 y 267 I—Dante pasó por los dos amores.

(32) *Ibid.*, pág. 133-34 y 140-41.

(33) *Vita Nuova*, Ed. cit., cap. XX y soneto “Amor é'l cor gentil”.

(34) *Convicio* Ed. cit., pág. 170.

imperfecta, no pierde su nombre de perfección” (35). La “perfección perfecta”, naturalmente, si se permite la expresión, sólo la alcanzamos en la cuarta parte de la vida, cuando el alma noble, como dice el poeta,

con Dios de nuevo se desposa,  
contemplando el fin que le espera,  
y bendice los tiempos pasados (36).

Pero esta teoría general de amor no es mas que la base para su propio amor. Beatriz y él no son como todos, O son como todos, pero en matiz especial. Beatriz es cosa amada de mayor bondad.

A ella descende la virtud divina  
cual sucede en el ángel que la ve.

Y es que, por lo mismo que el orden aristotélico nos lleva de lo más bajo hasta lo más alto que es Dios por una gradación de formas continuas, debe haber forzosamente entre la especie humana, alguien que linde con lo divino, que sea lo divino mismo casi, alguien que constituya la cúspide de lo humano, lo más perfecto. “Y tal digo yo que es esta dama, de modo que la divina virtud de la gracia que descende al ángel descende a ella”.

Por otro lado, hay cierta medición de la capacidad de amor. Entre los que puedan amar con nobleza, que es verdadero amar, no todos aman lo más alto. Unos aman la virtud, otros aman la verdad. De los que aman la virtud, sólo unos llegan a lo más alto. Y lo mismo sucede en el lado de la verdad. Es que la nobleza puede ser mayor o menor sin que deje de ser nobleza. La experiencia lo confirma. Uno se siente capaz de lo más grande, se nota en sí una llama, un hambre de estrellas. Si no se las logra se queda insatisfecho. Hay como un prever que el acto que traerá a realización nuestra felicidad que ha de venir de esta cosa y no de otra. “El acto del agente se advierte ya en el dispuesto paciente” (38).

Decía yo: sin duda en los sus ojos  
debe estar el que mata mis iguales (39).

---

(35) *Ibid.*, pág. 164.

(36) *Ibid.*, Canción III, Tratado IV; para aclarar texto cf. caps. XXVIII y XXIX.

(37) *Ibid.*, Canción II, Tratado III; para aclarar texto cf. caps. VI y VI.

(38) *Ibid.*, pág. 83.

(39) *Ibid.*, Canción I, Tratado II; para el sentido del texto cf. cap. IX.

Frente a la posición excepcional de Beatriz se alza entonces la posición excepcional del Dante. El único capaz de amarla, porque sentía el hálito de Dios, porque buscaba la felicidad mejor, era el Dante. Ningún otro hombre sobre la Tierra. Fueron uno para otro, por encima de todo, metafísicamente.

Para este amor lo terrenal tenía que caer y se quebró. Dante podrá cruzar el Infierno, el Purgatorio, llegar al Cielo. Era algo fatal desde la Vita Nuova. “Io vidi—había dicho— cosa che mi fecero proporre di non dire piú di questa benedetta, infino a tanto che io potesse piú degnamente trattare di lei”.

Así, el análisis de este amor ha terminado. Ha sido hallada la esencia última “de la gloriosa donna, la quale fu chiamata da molti Beatrice”. Y correlativamente Dante en su ser mismo ha sido cogido.

WALTER J. PEÑALOZA R.



**Biblioteca de Letras**  
«Jorge Puccinelli Converso»